

Los gitanos

In: De Miguel, Pedro; González, Jose Luis (bilk.): *Narradores vascos. Antología de la narrativa breve vasca actual*, Hierbaola, Iruñea, 1992: 163-173.

Estaba el día nuevo y limpio, sin una nube.

Y los cinco contentos; más, dichosos de sentirse entre tanta gente que se ríe, porque es maravilloso sentirse feliz en los demás, y recibir uno un codazo y sonreír, y pisar un pie y pedir a alguien que perdone y saber que ya está perdonado, porque no hay nada capaz de amargar un día cada dos meses de verano, que un verano bueno y a esta distancia del sol que llueve y llueve no da más que estos dos meses de calor al año, y entonces aprieta duro por todos los días que ha llovido y han llegado con viento y con heladas, porque esta tierra en invierno y sin turistas es diferente.

Ojalá no fuese así.

Ella se ha levantado a las siete para hacer la tortilla de patatas y asar el pollo y plancharle a la pequeña su vestido de percal rojo y hacer las camas y estar lista con los niños para cuando él comience a empujar con la voz contenta y exigente, que cuando él arranca es una tromba.

El techo del autobús está lleno de cabezas divertidas, desmochadas por el cuello y cubiertas de gorras de marino, de boinas, de sombreros con uvas, de cachuchas de colores, de pelos peinados y sin peinar, de todo, y con aquellas risas y sudando como dentro de un puchero. Él ha tenido que agarrarse de la barra con la pequeña de cinco años en brazos y con la bolsa grande de lona azul que ella no puede verle a su marido porque debe andar entre los pies; ¡y con el pollo y la tortilla dentro!; pero está contenta de verlo feliz, se le puede ver, el gozo, en la luz de esos ojos grandes y salidos, y resudando, porque ella lo conoce en sus calores.

Y así se siente él, en verdad, rezumándole el agua por todo; le están bajando unas gotas corridas y traviesas desde el cuello y después por el pecho y por el vientre y aún más abajo con aquella sensación de estarse orinando él, o ella, que también puede ser su hijita de cinco años, porque la tiene y la siente como una sola carne sobre su cuerpo y sin saber dónde comienza su hija... ¡Y esta mujer del sombrero verde que se está aupando, y pisando su bolso de comida!, y a la que, sin embargo, no dice nada, sino que se calla el hombre y se ríe él mismo por dentro, porque la playa es todo esto. Y el viejo que tiene a su lado, y que puede ser el padre de la señora, le ha sorprendido con esa risa tapada detrás de sus labios, porque no hay nada que escape a un anciano, aunque el anciano se calle; y él mismo, sin embargo, el viejito, le dice una sonrisa resignada de no saber ni dónde están sus nietos, seguramente, porque esta mañana y con este calorón y con la gente tan de pie y tan prieta en esta caja del autobús, no puede tener secretos.

Tiene que estar llegando, porque el trayecto es poco, menos de dos horas.

Ve él a su mujer lamida y sin una gota de sudor, que ni eso le sobra, y con el bigote arrugado, nerviosa, agarrada de dos hijos como de dos puntales que él no puede, no

alcanza, a ver, pero que ya están grandes como de doce años, los dos, y que ella, la madre, los tuvo tan seguidos que dice que le parecen llegados en un solo parto.

El chico está en este instante que no le alcanzan las piernas, ni de puntillas, para ver nada, y sumergido, como su hermana, en aquel mar de gente moviéndose, no por sí sino como una sola masa que bate los hierros de los asientos y su cáscara de chapa en las curvas y con los gritos de los frenazos y las haladas de aire en las arrancadas, porque este chofer tiene el pie sin el tiento; como de palo; por eso es que la gente grita tanto con las risas, y a veces, cuando el peligro, se calla, porque dos horas de risa, aunque sea camino de la playa, es mucho reír; y entonces, en el silencio de la gente, es cuando se oyen mejor los tiros y los aires de la máquina en que viaja tanta gente de una vez.

La mujer no alcanza a ver ella misma por la ventana, por la ley de los cuerpos, porque ella no es ni alta, y, por otro lado, está atada a los niños por la costumbre, y, además, tiene que tener un ojo en su marido, más que por él mismo por la pequeña, que a cualquier mujer, y más a una madre, le parece que le pueden quitar el marido o la hija en cualquier momento para siempre; y a ella, que es tan nerviosa, más, por nada, por ver la niña tan poca cosa y a él tan bueno, y por quererlos desde adentro. Y está viendo a la pequeña abrazada a su padre, como dormida, aunque ha dormido bien toda la noche y no ha desayunado nada, ¡porque es nada lo que come esta hija!, y ya el vestidito rojo lo tiene hecho un trapo de mojado con el sudor, y arrugado, ¡y se le va a caer el gorrito marinero, azul y blanco, lo va a perder!; llama a su marido por sobre la algazara de voces y los ruidos; y él no oye; pero el anciano está en todo, lo toca en el hombro y él se da cuenta, ha entendido, y le encasqueta el sombrero hasta los ojos, ¡como a una huérfana, la pobrecita! Ahora es el chico el que está tirándole a ella del brazo y diciéndole con los ojos que están llegando, que es el mar; no sabe ella por dónde ha podido verlo este muchacho, porque no huele todavía esto a mar, sino a este sudor de vinagre desde que entró en el autobús una gorda con peineta respirando como con asma y que va delante, pegada al asiento del chofer. Pero el chico sí, porque ocurre que tiene un ojo entre un brazo desnudo y un pecho de muchacha, vestido, hace rato, y le ha llegado en este momento bruscamente una mano para separarlos, y en este instante se le ha aparecido el pedazo de cielo cruzado por la punta de una vela, y eso no puede ocurrir sino en el mar un día domingo de playa: el chico se lo está diciendo también a su hermana, que está entre dos barrigas de hombre casi llorando de calor.

Bajan, por fin, los cuatro, que es bajarse los cinco, y ya la pequeñita está en los brazos de su madre y pasándole ésta las fantasías de su propia niñez vacía de agua y de arena y con la alegría de cuando pisó su orilla al casarse, en el viaje de bodas.

Porque uno revive en sus hijos.

Y ya van camino de la playa con esta brisa, y el padre sujetando a sus dos hijos como dos pollitos tirándole de las varas de sus brazos, cuando oye que lo llaman, que es su mujer; él sigue con los ojos la mirada de su esposa y llega a una jovencita vestida de negro hasta la cabeza y con cara de niña. Vienen con ella dos hombres de sombrero y pelambreras negras y brillantes por el cuello, sucios por las ropas sobradas y las caras relampagueantes en los ojos, y ella con una cesta hincada con garbo en la cadera; descarada, bonita. Se le pegan los dos hijos. La gitana entrapa aquella mirada de hombre al aire y se le acerca, ojos de miel grandes y hondos, y le pide una peseta; y él se

detiene y la busca, con todo y ser pobre, porque se la puede dar, y no puede, porque no tiene suelto; nada más por eso; pero la gitana lo daña con el ojo; se siente él fulminado por el mal y riéndose de eso al mismo tiempo, y busca, regocijado, a su mujer, que ya va delante y se le ha quedado esperando para decirle que a esta gente que está joven y no trabaja no hay que dar ni una peseta, ni media. Luego ella, la mujer, sigue pensando, sin remedio, en aquella vez que una gitana así se robó delante de ella y en una tienda dos tomates y los echó dentro del pecho como en un saco y la miró a ella con tanto descaro que no supo si había sido verdad o mentira de sus ojos; y no se atrevió a hablar entonces, le dio miedo. Él va sonriendo a los hijos como si nada, pero pensando en la gitana que le dijeron había pasado por el pueblo hacía poco y tenía un vestido negro y holgado con una raja delante y andaba desnuda por dentro para quedarse un rato con cualquiera que diese diez duros; y supo de uno que la cogió detrás de la bodega de Jesús sin todavía ser noche siquiera, porque eso se hizo, con perdón, en un santiamén, sin quitarse ni él ni ella la ropa. Su hija insistía preguntándole si era verdad que los gitanos se roban a los niños pequeños, pensando en su hermanita, que en aquel momento estaba riéndose en las manos de su madre, mientras su papá está diciendo a los dos mayores (para no asustarlos, pero para prevenirlos) que él cree que eso es verdad, pero que de todos modos hay que cuidarse siempre de los desconocidos y más si son gitanos; ¿entendido? Pero eso lo han olvidado los niños en el mismo instante de oírlo, porque a un niño camino de la playa le pasa el susto de unos gitanos antes de que les llegue al cuerpo.

Están pisando la arena con otra gente del autobús y de a pie, porque el verano es un río de gente y anegado de sol, que eso es, dicen, de aquí y no cuesta nada; que si fuese así debiera venirse más cerca y más a menudo. El mar huele a sal y a pescado y a barcos y a lejos, y la brisa está tan tibia que provoca irse desnudando las ropas antes de llegarle con los pies a la orilla, que la playa de hoy es una arena caliente de quemar los pies tan temprano, y espaciosa y baja, de anegarse casi del todo con la marea y de tener que correr medio kilómetro en busca de mar cuando se va el agua con la Luna; que hasta esto es ya de los norteamericanos. La mujer va desvistiendo a la pequeñita mientras camina dificultosamente sobre la arena caliente, pero gozosa de sólo verla contenta; y los otros dos van cargando al padre con el lastre de los pantalones y la camisa y el vestido y las alpargatas, y ya, cuando su madre llega a un sitio que le parece bueno, los dos mayores se han perdido del todo entre aquel hervidero de gente que es la orilla. Él, con la preocupación de la madre, los llama y no oyen, y tiene que buscarlos y regresarlos donde está su madre y su hermanita otra vez, para disciplinarlos y para sentirse otra vez los cinco; que esa, la de sentirse juntos y todos, es su fortuna, y la han contado esta mañana al tomar el autobús. Él habla a los dos mayores: que no es cosa de llegar a la playa y desaparecer en el agua, que ha habido muchos niños que se han ahogado así, o se han perdido entre un mundo que no se da cuenta de uno más o menos, aunque ese uno esté al lado, y su madre, que está dejando a la pequeña de cinco años desnudita al sol, refuerza el sermón de su marido con un ejemplo terrible y reciente leído en el periódico, de un niño, y grande, ahogado en esas rocas del espigón. El padre les señala la primera boya que hay, ¿la ven?; los chiquillos la ven, ¡qué más!; hay aún más: que no se acerquen a las moles de piedra del espigón, ni aun por este lado, porque ahí hay algunas trampas

de arena que sorben gente al hundirse. Los chicos escuchan las palabras del padre sabiendo que nadie se muere un domingo de playa.

Calienta el sol, bastante.

Se han bañado los chicos y los grandes, y ha llegado, aunque de muy tarde, la hora de comer lo que es mitad almuerzo, mitad cena; hasta la pequeña está comiendo con apetito. ¡Qué maravilla! Él, reilón y feliz, dice que será cosa de venirse a la playa a vivir. Su mujer no es menos, y dice que pueden ahorrar unas pesetas para una bicicleta y venirse él a trabajar cincuenta y cuatro kilómetros todos los días mientras lo esperan ellos sobre la arena, cocinando en la playa, acostándose sobre la playa, amaneciendo todos los días en aquella orilla sin un paraguas que los resguarde del sol y de la noche y de la lluvia.

Y se ríen todos de la fantasía de saberse tan pobres y comiendo tan a gusto, con todo y arena.

Ella, la mamá de los cuatro, es la que despierta primero al cuidado de que no tiren los papeles y los restos de pan sobre la arena, porque eso es sucio, porque las cosas que se usan una vez al año hay que cuidar; y, efectivamente, los chicos se los llevan hasta una papelera grande, pintada de verde, que hay cerca y con tapa de abrir y cerrar mediante un pedal, y donde los chicos juegan un rato. Ha sido él, dormilón, quien ha dado la orden para la siesta; pero, a pesar de eso y de la pelea, los dos mayores se salieron con la suya de ir a la orilla, aunque con la promesa de no tocar el agua en dos horas; él los ve nimbados de luz, comenzando a jugar a castillos, a hacerse esas casas de niño que se hunden, como las que uno sueña cuando llega a hombre, porque en algunas partes todo es el mismo sueño; él, clavando en la arena blanda aquellos dos palos y atando su camisa al viento, y bajo esa sombra tan movediza que es de ellos por un rato eligiendo un pedazo de arena para acostar a la pequeña, a la que su mamá le está poniendo ya su vestidito rojo otra vez, porque se puede quemar demasiado y no hay para cremas, que son requetecaras. Aún ha sobrado un pocito de sombra para la cabeza de mamá; y nada para él, el varón, el hombre fuerte, quien ha mirado de nuevo hasta donde están jugando, como prometido, los chicos, que es lejos, pero no está en peligro del agua, y se acuesta al sol; que es a dormir, porque el calor y la brisa y esa mecida del agua que siesteas pesada, poderosamente, y ese romperse de algodón de las orillas y luego los golpes secos y blandos de los pies de la gente que camina sobre la arena, "toc-toc-toc", le trae al oído pegado al suelo el eco lejano de una cueva que lo protege, y con ese olor a mar y todo, más si ocurre después de un sábado de doce hora enluciendo un techo.

Ha dormido así horas, ha sentido a su mujer jugando con la pequeña y se ha vuelto a quedar dormido. Sin querer.

Cuando lo ha llamado su mujer, ya el sol está sobre el cerro, corre una brisa fresca y el hormiguero de la playa es ya gente dispersa y poca; y así son las voces también, más débiles y más llenas de mar, porque se están yendo para el autobús, y con aquellas sombras ya largas y afiladas, y ve, echado como está todavía, el nivel de agua alto, con la lancha salvavidas subido como sobre una cresta de agua, como sobre una espalda poderosa, y le está apurando su mujer, escandalizándose sola, mientras recoge una toalla, por haberse quedado dormido un rato, ¡jella, que no se duerme nunca fuera de casa!, y pidiéndole que le mande la pequeña, porque tiene que ir a visitando... Él se

incorpora un poco en su modorra, mira en derredor y ve a su mujer recogiendo las cosas en la bolsa y no dice nada, y busca con los ojos a los dos mayores, y los ve ya mucho más cerca, y no haciendo castillos, ¡sino saliendo del agua!, sin la pequeña, y mira a su mujer, que está en lo mismo, con su bolsa azul de lona en los pies, diciéndole que mientras tanto vaya haciendo vestir a los mayores, porque es tarde. Él ha girado en redondo otra vez, buscando un bulto, un color, y se ha levantado de un salto y ha corrido hacia la orilla sin decir nada, sintiendo fría la arena bajo sus pies, y llega asustado de algo cuando los chicos ya están fuera del agua y les pregunta que dónde está la pequeña, y ve, de sólo verles las caras, que los niños no saben, y voltea bruscamente con unos ojos abiertos y sin una luz, deslumbrados sin el sol, en dirección a su mujer, que ya está casi sola, y ya recelosa, en esa parte de la playa, viéndolo; ve los toldos de colores replegados y casi solitarios, y le cae a él de golpe un peso gordo y frío en el vientre y se le van, como si se le estuviesen borrando en un dibujo, las piernas, y no oye nada, y se le ocurre ver el mar, por nada, por mirar a alguna parte donde no estén los ojos de su mujer, y se hace la sombra en este instante, porque se ha terminado de hundir el sol detrás del cerro, que es como si alguien que está jugando con uno hubiese apagado la luz; ¡en lo peor!; y el hombre recorre con la vista el mar, lo lejos, y la playa, ansiosamente, y entran por esos ojos, ávidamente, todo el agua del mar y toda la arena de la playa en busca de una gota de color, hasta que vuelve a tropezar con los ojos inescapables de su mujer, rodeada ahora de sus hijos y viéndolo, muriéndose con él en esta soledad aterradora de la playa sin su hija y cuando se está yendo el sol para siempre y se están agotando irreversiblemente los niños de la playa y todos los rojos del mundo y no aparece el suyo, el de ella y de su marido, completamente inservibles los dos y que pueden morirse aquí mismo y de sólo esto, y que puede gritar él y que no grita, ella no le oye la voz, y que puede moverse y no se mueve, y lo ve arrancando, por fin, en su dirección, que es cuando ella se siente sentarse y se le van apareciendo luego las piernas peludas de su marido y el pantaloncito blanco y holgado, demasiado, porque le está viendo, con una frialdad y con una nitidez aterradoras, dentro los pelos y una piel como de gallina y su miembro encogido, arrugado, y más arriba la caja del pecho con las costillas y la quijada grande y los ojos, que esta cara de su marido no es ahora más que ojos viendo el mar, ¡el mar!, y a ella le sale gritar, y él todo oídos y sin el cuerpo, y todo ojos y sin oír nada, y viendo a sus dos chicos corriendo entre algodones y con un movimiento lento como de cine en la orilla, hacia las rocas; ella, viéndose rodeada, ahogada, en gente con actitudes de preguntarle si pasa algo, debe ser, y oyéndoles a veces las voces muy lejanas y en aquel silencio y sin saber qué hacer para moverse, hasta que se siente con su marido, por el olor, por este olor a incienso que tiene su aliento, y sintiéndolo hablar cerca y solo mientras miran los dos la playa, el mar, otra vez, y ahora con toda claridad y en un silencio completo, sordo, que eso es por olas, porque han salido algunos hombres corriendo hacia las rocas y otros hacia los toldos de colores, y ella mirándose en los ojos aterrados de su marido, salidos y blancos, sin decir nada, y de pronto diciéndole a ella que no, que no se asuste, que aquello que flota en el mar es una boya; y ella, a pesar de esto, se le desmaya en los brazos, y él viendo todavía con toda nitidez, como si esto de morirse no tuviese fronteras, la gente que se va, algunos padres corriendo con sus hijos de la mano, como huyendo de una peste que eran ellos; iba una niña con una muñeca de

vestido rojo colgada de la mano, como muerta; y aquella gente sobre el espigón mirándolos, seguramente, desde aquel contraluz del cielo iluminado por un sol invisible...

Alguien que él no ve hace sitio entre aquel tumulto de gente que es incapaz, ni reunida la fuerza de cada uno en alguien, de ayudarles, que no pueden alcanzar a ella ni a él, tan lejos y tan fuera están ellos dos de todo. Llegaron los chicos, llorando de ver tanta gente en torno a sus padres y de ver muerta a su madre, que la está abanicando una señora, y de no ver a su hermanita. Ven llegar a los hombres que han estado revisando las tiendas, sin la pequeña; y ha sido ella, la niña, la que ha dicho temblándole la voz:

"Pueden haberla llevado los gitanos, papá..."

"¿Por qué iban a ser los gitanos?...", piensa él, y lo dice; y se acuerda de aquella mirada, y se dice que puede ser, porque, además, no hay otra cosa en que se pueda pensar en este momento. La niña insiste, llorando y ¡dice que ella los ha visto por la playa!...

"¡¡Cuándo!!..."

Hace rato, antes de comer. ¿Los tres gitanos que vieron cuando venían a la playa esta mañana?... Todos están pendientes de esta conversación en voz alta entre padre e hija; la madre como muerta; pero todo el corro grueso, espeso de hombres, de mujeres y de niños, viviendo la emoción gratuita y como de película de aquella angustia; y el padre insiste en saber si los gitanos han sido los mismos de la mañana. No está la pequeña muy segura, porque no estaban vestidos, sino en traje de baño, dos hombres. ¿Y la mujer? No, no ha visto a la mujer.

Una madre dice que a estos gitanos hay que recogerlos todos y ponerlos presos, porque los dejan sueltos con todo y ser capaces de robarse a una niña, ¡qué horror!, porque a ella le ocurrió una vez que se dio cuenta que miraba con mal ojo a su hijo de entonces cinco meses, y ella lo metió corriendo en la casa: ¡a pesar de este cuidado le robaron una gallina! El hombre flaco que está en camiseta dice que hay que dar parte a la autoridad; ¿dónde?; había el alguacil, que está cerca de los toldos. Un joven dice que él lo va a buscar, y sale corriendo: le siguen tres hombres más.

La espera es larga.

Pero llega el alguacil y rodeado de más hombres y mujeres y de niños cuando ella estaba volviendo en sí del todo. La autoridad es un hombre gordo con bigote, ungido con unas ropas y una chapa y con maneras, todo este aparato, y le hacen sitio, respetuosamente, y llegan frente al espectáculo de los cuatro y la bolsa azul grande y los zapatitos de la pequeña con sus calcetines azules desmayados dentro, todo sobre la arena y en un circo de gente, y el alguacil, que ya es un general, habla con una voz delgada que no sabe a hombre, y no dice nada, seguramente no puede, y luego se calla, y mira al mar y a la arena y pueblo adentro, por donde estarán huyendo ahora los raptos. Un hombre con camisa azul, que carga a una niñita en brazos, le dice que pueden repartirse y encargarse, unos por un lado, otros por otro, y pueden buscar a la pequeña por todos lados a la vez y detener a todos los gitanos del pueblo. Eso es práctico, más que pensarlo dos veces. Es más fácil andar todos al mismo tiempo, aunque sea sin cabeza, porque hay piernas para todo. Y piernas, hay.

Así se hace: el alguacil sale hacia el pueblo con siete hombres y dos más niños; otro grupo de más de veinte sale en tropel hacia las rocas; otros se ponen a mirar la playa otra vez, ¡cómo si la pequeña pudiese estar escondida en un pliegue de la arena, debajo de un papel!; y el resto, los más, comienzan a irse, como buscando, pero en realidad para escaparse de la responsabilidad agobiante de que los metan de ser espectadores de butaca a ser parte de la película. Así se han quedado los cuatro, ateridos de frío, alhelados; ella con las cuencas hundidas y la mirada perdida en el mar desde su traje de baño con pepas blancas holgado para sus huesos enrojecidos por el sol de todo el día, como una gallina que acaban de sacar del agua; y él a su lado, acariciándola en el pelo mojado del sudor frío, asustado el hombre por todo, por ver así a su mujer y a los dos chicos sentados y llorando en la arena, brincándoles las miradas de padre a madre y de madre a padre tiritando de frío y de miedo a la noche, que ya se está acercando. Es él el que reacciona absurdamente diciendo, por decir algo, y por distraer a los chicos, y sabiendo que eso es lo que hubiese dicho su mujer en aquel instante de irse de la playa si hubiese estado la pequeña pegada a la falda, si no pierde a su hija, si en este instante se cuentan la fortuna de ser cinco juntos: que recojan los chicos aquellos pedazos de sandía que han quedado de unos ancianos en la playa sobre la arena.

El mayor coge llenas las dos manos y llega hasta la papelera y abre la tapa con el pie y da un grito:

"¡Papá!..."

Y otro:

"¡Mamá!..."

El padre corre y se encuentra con el vestido rojo dormido dentro del depósito, con la cabeza y el sombrero azul y blanco sobre su rodilla, llenando el recipiente.

Y no la despierta.

Sino corre gritando donde su mujer, que no es todavía capaz de moverse, y la trae, a rastras, en brazos, y la pone frente a la pequeña, y grita ella y le brotan los ojos y le vuelve el color como de una ola y recoge a la pequeña de entre las manos temblorosas de su marido y la estruja entre sus huesos.

Luego, al rato, miran todos a una: la playa está casi desierta, como si la hubiese barrido un viento, aparte de esta gente que sigue buscando a lo lejos, en las rocas, y apenas se distingue ya, porque es de noche, y llaman y gritan y arrancan los cuatro, ¡los cinco!, sin vestirse, sin verse, con el banderín replegado en el brazo de su madre que los cuatro, todos, quieren tocar con su mano, y ella dejándose festejar, feliz, porque ha dormido muy bien.